



San Serapio,

Serapio es el Caballero.

Adalid en cien batallas, hidalgo de la más comprometida caridad, leal hasta la muerte, es el hombre fascinado por lo noble, lo sublime, lo esforzado, lo heroico.

La leyenda lo ha sublimado, casi desnaturado. Pero desperifollado, ofrece recia y atractiva personalidad, reta con exquisita ejemplaridad.

Nació en Londres, en torno al año 1178.

Jovencísimo, niño aún, pero provector en ideales, partió a la tercera Cruzada con su padre y en pos de Ricardo Corazón de León. Quería liberar de infieles la Tierra Santa, soñaba purificar de impíos los Lugares honrados por el paso de Jesús, ambicionaba implantar un reino para el Señor. Era en 1190. Se halló a la conquista de Acre, se decepcionó con las mezquindades y las reyertas de los cruzados, pataleó de rabia porque no se marchaba sobre Jerusalén, lloró cuando se suspendió la Cruzada inconclusa.

Y terminó víctima de alevosa traición, como su rey Ricardo; apresados al regresar de la campaña. Los dos años de encarcelamiento le hicieron madurar, templar, que no lo doblegar.

Liberado en 1194, volvió a las andanzas de su ideal, pasando a España para poner su espada al servicio de la Reconquista. Lideró lances y escaramuzas. Se halló en empresas gloriosas. Derrochó denuedo y honor en la épica jornada de las Navas de Tolosa el memorable 16 de julio de 1212.

Pero, cada día más, las gestas le dejaban frío y las victorias hastiado. Alguien le habló de Pedro Nolasco, de su milicia de heroica caridad. Se fue a Barcelona, y, prendado del carisma mercedario, comprobó que aquel era el afán que desde niño escondía su almarío.

En 1222 ingresó en la Orden de Nuestra Señora de la Merced. No precisaba asumir convicciones, ni ensayar austeridades, pero sí tantear nuevas estrategias. En ello pasó algunos años, haciendo el noviciado, emitiendo sus votos, ahondando en lizas espirituales y escalando experiencias místicas.

En 1232 lo hallaron maduro. El Capítulo general lo envió a tierras de moros, y en Argel realizó con éxito su primera redención. Intervino luego en una segunda expedición caritativa, que se desarrolló en Murcia. En 1240, otra vez, partió para Argel: formalizó una generosa compra de cautivos; se propasó, y, pues no le alcanzaba el caudal a donde alargaba su corazón, se quedó en rehenes; mientras que el compañero retornaba a Barcelona, obligado a volver en el plazo de un año con el capital empeñado.

Serapio, encarnado en el espeluznante mundo de los cautivos, quedó horrorizado. El dolor de aquel colectivo era indecible. Y la abyección, y la inhumanidad, y la desesperación. Asistió, consoló, alentó. Se la jugó. Tratando de amparar a los esclavos contra las tropelías, se las hubo con sus patronos. Los inicuos no pudieron aguantar su arrojo, y determinaron acabar con él, sañuda, enconadamente, para escarmiento. Y lo realizaron con criminal regodeo, aspándolo el 14 de noviembre de 1240.